

lagrosamente por Nuestro Padre Jesús, que conoce bien nuestra terquedad y nuestra falta de convicciones. ¡En este segundo abrazo ya no hay quién se resista! La respiración se ensancha y el alma nos invade, deseando «salir de una», para fundirse con El.

Cristo pasa llorando por la calle de las Monjas, sobrecogiéndolo a todos por su hombría divina, con su leño al hombro, a esa hora donde todas las cuentas se saldan y son trazadas esas rayas rojas para empezar de nuevo otra vez, con más costales encima de buena voluntad. Y al año siguiente, ¡qué malas cosechas volvemos de nuevo a llevar! ¡Por eso Cristo sigue clavado y... esperando!

¡Qué pequeño te encuentras, Nazareno, cuando pasas junto al torreón de las Monjas y dejas tu vista en las altas celosías de sus rejas, adivinando un rostro que no ves! Te has preguntado, ¿qué les dirá a ellas, una a una, al pasar tan cerca de sus hábitos toscos y de sus caras talladas por las muchas penitencias? ¿Qué ojos no les pondrá al decirles El, como en el «Cantar de los Cantares»: «¡Qué hermosa eres, amada mía; tus ojos son palomas!»? ¡Y tú que creías que el mundo era tuyo en ese segundo abrazo de la calle del Carmen! ¡Pero qué equivocado estás!

¡Oyelo bien! La procesión entra en la calle «de la Virgen». En este recorrido no nos podía faltar Ella, callada, silenciosa, tímida y dolida, pero presente en este detalle mínimo del cartel de la calle. Aquí la procesión se hace más simétrica, mejor organizada, por la hermosa calle, recta y larga, tan querida por haber sido cuna de muchos de nuestros antepasados. Ya la tapia de la Virgen de Gracia se vislumbra a lo lejos como un «inri» que nos colgara de nuestra propia conciencia. ¡Y que nadie me diga, al verla aún ruinosa, que hemos progresado en Manzanares! Pero es que en esta noche cada piedra es un aldabonazo.

Volvemos a pasar la calle de Toledo y la de las Trompas. Las dos hileras de fuego son un símbolo a nuestra fe viva, que comienza a flaquear por nuestras piernas. Último recodo de la procesión. ¡Es algo maravilloso, porque ya los nazarenos se quedan en su sitio, sin romper la fila, para que nuestro Cristo pase revista a toda su legión! ¡Qué cosas nos dice ante un silencio que nos estremece! Es que ese silencio, de nosotros mismos, sin imposición, es un poema sublime entre El y nosotros, cogiendo en una mirada.

Está amaneciendo. El cielo, en vez de morado, es azul, como si fuese el primero en quitarse la túnica. Ya todos en grupos, los de un mismo barrio marchamos callados. Parece que vamos con menos peso. Como si nuestras culpas hubieran sido esas gotas de cera que se desprendían de nuestros faroles.

Llegamos a casa, nos quitamos el capirote y vemos que, efectivamente, nos apretaba. Las orejas están coloradas, pero merece la pena, porque si volviéramos a Jesús, al levantarle la cruz, veríamos que su hombro estaba morado, más morado que nuestras túnicas, nazareno...

M. A. S. A.

